

## **El boliche de Roberto – Bulnes 331 (y Perón)**

25/01/13 – 19:00 a 22:30

Registro de campo y entrevista informal (Mercedes)

Llegué a las 19.00, se escucha la 2x4. El local es muy antiguo, piso calcáreo, sillas diferentes –caño, plástico, madera – mesas distintas también, una pequeña tarima que debe haber tenido un forro de alfombra ahora muy gastado. Encima hay cajones de cerveza. Casi llegando al techo hay un gran aparador de madera con botellas antiguas, se las ve sucias. Las paredes están revocadas hasta la mitad, y luego hacia el piso se ve ladrillo a la vista. La puerta de madera y vidrio compartimentado tiene un papel pegado que dice OPEN. Hay una barra de madera con algunas banquetas. Atrás de la barra, una heladera de madera. Hay una mesa grande redonda, tres mesas rectangulares y dos cuadradas simples. Las paredes están repletas de fotos y carteles, algunos fileteados, en referencia al bar, a Roberto, al tango. Una pequeña pizarra anuncia que ahora abren todos los días. Un par de percheros, un estante pequeño con libros. Un poster del GCBA donde aparece entre los bares notables con su nombre oficial “12 de octubre”.

Cuando llego, las mesas rectangulares están con las sillas encima. Se ve que abrieron recién. Sólo está ocupada la mesa redonda, con 6 hombres grandes que juegan al truco con porotos. Le cuento al chico joven –encargado- sobre el trabajo y le pido permiso para hacer fotos. Me dice que sí. Los que juegan hace chistes “Ojo, que este te rompe la cámara”.

Pido una cerveza. Cuando me la trae, charlo un poco con el encargado (no hay mozo). Me cuenta que allí va gente de toda edad y de todas partes de mundo. Veo que aparece otro encargado que barre la vereda y saluda a algunos que pasan. El que barre también es joven (30 aprox) con tatuajes y el pelo con rastas hasta la cintura.

El bar parece estar en un momento de stand by. Salvo los que juegan y un par de hombres grandes sentados en una de las mesas, el resto parece aún en proceso de apertura, con mesas aún con sillas dadas vueltas encima, la tarima con los cajones, el de rastas que saca mesas afuera y les pone como sillas unos cajones de cervezas acondicionados con unas tablas (muy ingenioso). Hay aire acondicionado pero no está en funcionamiento, igual el día está fresco. Hay un ventilador antiguo de pared que sí funciona. Los que juegan beben vino, whisky, Legui, aperitivos. Tienen un vino tinto en la barra del que se sirven varios. Sobre el mostrador veo bolsas de chizitos, sodas en botellas descartables, elementos de limpieza. En la esquina del mostrador, sobre la pared, un televisor de tubo chico.

El juego transcurre de modo agitado, se gritan, se putean, se cargan, circulan hacia el mostrador a servirse o a pedir que les sirvan. En referencia a la estética, Lucía, una amiga que vino conmigo y que fue muchos años habitué de la noche de Roberto, me dice “es como si vistieran al bar de un momento anterior”.

19.30. Entra una chica a charlar con el encargado. Uno de los jugadores sale a fumar, aunque prende el cigarrillo desde dentro. Pelean entre los otros porque les falta uno para jugar. Después una señora de unos 50 que viene para arreglar por una presentación. Los jugadores circulan por detrás de la barra, afuera y adentro, donde hacia un costado están los baños (relativamente limpios, con papel higiénico, algunas pintadas en las puertas) y para el otro lado un pequeño pasillo al aire libre permite utilizarlo para fumar, de ese pasillo se sale a depósitos u otras habitaciones de uso interno del bar.

El encargado de la barra que me atendió toma agua de botellita. Tiene mucha familiaridad con los jugadores, los reta en broma porque gritan. Se gastan entre ellos y me involucran: “Acá la chica tiene fotos, van a ir todos en cana”, “A ver acá los de la 3º edad si se van a tomar la papilla acá a la clínica de la vuelta”. Uno de los que no juega revisa el celular. Entre ellos se tocan, se palmean, se abrazan.

Entra una pareja grande a chusmear el local, pero no se quedan.

En un momento viene un vaho de olor a porro, pero no se ve a nadie fumando, debe ser del pasillo interior.

Tipo 20.30 terminan de jugar, cuentan plata, se pasan plata entre ellos, pagan en la barra, creo que jugaron por plata, o por las consumiciones. Al que veo que junta más plata lo gastan, le preguntan si se juega la plata a la quiniela porque “después nunca la vemos”. Se ponen a hablar de la quiniela

Mientras tanto el de rastas prendió la tele, está el noticiero del 13. Uno le pide que cambie y miran un partido, se acodan a la barra dos o tres que gritan en determinadas jugadas para llamar la atención de los otros viejos.

Uno de los que está en la mesa nos saca una foto con el celular. Entran unos nenes de 12, 9 y 5 aprox, se sientan en la barra. También llega un hombre de unos 50, pinta de indigente, saca unas películas de la mochila, se ve que las vende. Pide algo para tomar (whisky?)

Los de la mesa ahora hablan de fútbol. El de la barra charla con los nenes. Pone sobre la mesa una jarra de propinas. Uno de los jugadores (luego sabré que se llama Hugo) pelea con el de la barra por lo que hay que pagar pero luego le pone 5 pesos en la jarra de las propinas.

Se me acerca un habitué que viene desde el 85 al bar, me dice que “ahora vienen los turistas a ver cómo éstos gritan”. Me dice que todos los que juegan vienen desde hace mucho tiempo. “Yo venía de noche y me costó medio matrimonio, ahora ya no salgo más”.

Entra un hombre más joven (35/40) que se sienta solo en una de las mesas rectangulares y pide un Cynar. Lucía me dice que pidamos nosotras también, que ella lo probó hace poco y está bueno, yo le cuento que eso tomaba mi abuela y me río. Nos preparan el Cynar con pomelo.

Algunos de los que jugaban se fueron por un rato y volvieron con bolsitas de supermercado a charlar un rato más. El chico del Cynar está solo, mira hacia adentro del bar, observa lo que ocurre, de vez en cuando revisa el celular. Nuevamente se siente el vaho a porro que viene de adentro. Se empiezan a prender cigarrillos adentro, el encargado los reta y Hugo lo corre con el olor a porro. El encargado finalmente accede “Bueno, pero es el último”.

Afuera pasa gente y se saludan o se asoman por la ventana (la ventana tiene rejas así que no es de fácil acceso). Los de la mesa redonda están tomando vino, ya no juegan. A las 21 entra una chica joven con una nena de unos 7 años, va directo atrás de la barra, se ve que es encargada también. Todos la saludan, a ella y a la nena. Detrás de ella, entra un chico joven que también es de ahí. Se ve que es cambio de turno, porque el que nos atendió nos dice si nos puede cobrar porque él se va.

Al ratito me levanto, Hugo – uno de los que jugaba a las cartas - me invita a fumar al pasillo y me cuenta su historia. Empieza con la pica con los jóvenes fumadores de marihuana, igual se ríe, se nota que es en broma. Le empiezo a preguntar por el bar y por ellos, que se juntan allí, le comento que no vi mujeres, le pregunto si por la tarde van sólo ellos. Me dice que sí, que ellos son los históricos, que él personalmente hace 35 años que para en ese bar. Me hace mucho hincapié en que cualquiera puede entrar, que las mujeres son muy respetadas, que ellos responden por cualquier tipo que no se comporte. “Cuando estaba Roberto, sacaba un cuchillo y lo clavaba en la barra, ahora nosotros si vemos que un tipo está muy pasado lo sacamos”. Me cuenta que varias veces han venido ellos con sus mujeres. Me cuenta la historia de su niñez, que él venía con su papá, que miraba cómo jugaba al tute, al tute cabrero, al mus – me dice que hoy se juega sólo al truco porque ya nadie sabe esos juegos – que la mamá lo mandaba a buscar a su papá cuando estaba el almuerzo, pero que él se quedaba un rato, mirando como jugaban “A mí me compraban una coca y me daban unos maníes, y yo me quedaba mirando, me encantaba”. Le pregunto si eso también pasó con sus hijos pero me dice que no: “Ahora los pibes están en otra cosa, más con el happy hour”. Antes, cuando vivía Roberto,abría también de día. Los fines de semana abría al mediodía, venían ellos a jugar y a tomar el vermouth y luego se iban

con Roberto a algún restaurante de la zona. Cuando murió Roberto en 2006 le ofrecieron a él alquilar, que le hubiera gustado: “Yo hubiera puesto una parrilla, y no ofrecer empanadas compradas como hacen estos, hubiera puesto una cámara frigorífica, pero tuve miedo. Esto es de Roberto y de tres primos, y Roberto nunca les pasó la plata en su momento, entonces era un lío, mirá si yo lo agarraba, lo arreglaba y después tenía que arreglar con ellos, no quise”. Los hijos de Roberto no agarraron el bar porque “son unos tarados. Uno hace cosas de computación, está en otra, y el que podía haber agarrado no quiso, el bar le daba como deprimente, entonces lo alquiló a estos pibes por \$10000.- por mes. Te das cuenta? Nada!!” Me cuenta que al principio tuvieron algunos problemas con los pibes porque no les querían abrir el boliche a las 18.30 para que ellos fueran a jugar a las cartas. Entonces les hicieron boicot, se iba a otro lugar. “A mí me partía el alma, pero teníamos que hacerles ver”. Finalmente llegaron a un acuerdo y lograron que abran temprano, sólo para ellos y que les mantuvieran la mesa redonda grande para jugar. Me dice que los pibes entendieron que era buen negocio: “Vos imagináte que antes de que empiece la movida de ellos ya arrancan con una caja de 800 pesos mínimo. Fijate que acá nadie toma poquito, yo recién dejé una gamba! Y así todos los días, de lunes a viernes.” Me cuenta que ellos son como una cofradía, que antes incluso, en la época de su papá, no entraba a jugar cualquiera, “había que tener un padrino”. Todo el tiempo me deja en claro que ellos son también un poco dueños del lugar. “Este”, me dice, señalando al del Cynar, “es sapo de otro pozo”. Me cuenta que incluso a veces él se queda hasta tarde y les pasa la gorra a los que tocan, por diversión: “Si vos estás con un tipo entonces yo voy y lo miro, ‘A ver si ponés, flaco, venís con una mina hermosa al boliche y te haces el rata’, y si la mina empieza a sacar el monedero le digo ‘No, vos no. El.’ Y el tipo termina poniendo”, se ríe. Me cuenta distintas anécdotas de cómo ellos son los que ponen orden, que no se le falta el respeto a nadie y de los códigos que manejan: “Acá viene el hijo del Nene, por ejemplo, y lo que toma no paga. Vos, si sos mi novia, todo lo que tomes no pagás, porque se sabe que después vengo yo y pago”. También me habla de las concesiones con los pibes, por ejemplo con el tema del porro: “Todo bien si hacen el bar como nosotros queremos”.

Ya son las 21.30 y el bar se transforma. Ya no se escucha la 2x4, hay rock a mayor volumen, y bajaron las luces. Los del truco se fueron todos, queda sólo Hugo conversando con los chicos en la barra. Empiezan a llegar otros jóvenes con guitarras. Llega una pareja de turistas de 50 años con su hija adolescente, se sientan en la mesa redonda, que ahora está vacía. Preguntan por un vino, no hay carta, la chica les cuenta qué hay para tomar y comer (sólo empanadas, comenta que como hoy hay un show grande no hicieron tablas de picada). Llega otra pareja de 50 también con hija adolescente, pero argentinos. No ven mesa – en las rectangulares ya hay dos parejitas – y la encargada les propone compartir mesa con los extranjeros. Ellos prefieren quedarse en la barra hasta que se libera una de las rectangulares. La adolescente pide un agua y la encargada le comenta que “empezamos a traer agua ahora, antes no teníamos.” La nena que entró con la encargada de la noche juega con unos juguetitos sobre la barra.

Sigue llegando gente joven, ya es otro bar. La tele sigue encendida con el canal deportivo, pero ya nadie lo mira. Afuera también empieza a llegar gente joven, en su mayoría toman cerveza. Nos vamos del bar a las 22.30.